

LAS PRIMERAS SEMANAS DEL TIEMPO ORDINARIO

PEDRO FARNES

1. Nuevo cambio en las maneras de leer la Escritura

Al comentar el conjunto de lecturas bíblicas de Adviento indicábamos el mes pasado que el inicio del año litúrgico comportó un cambio de perspectivas con relación al modo de leer la Escritura en la liturgia. Pues bien, pasado el ciclo festivo de Navidad-Epifanía, vuelve a repetirse el mismo fenómeno, aunque esta vez a la inversa: ahora se deja el sistema de lecturas más o menos organizadas en torno a determinados misterios y de nuevo se vuelve a leer la Escritura con las modalidades de las semanas que precedieron al Adviento.

Tanto durante el Adviento como en el ciclo festivo de Navidad-Epifanía las lecturas se agruparon, con enfoques ciertamente distintos, pero con un centro común de gravedad referido siempre a los misterios propios del tiempo litúrgico concreto, que primero polarizó en el sentido escatológico de la vida cristiana y en la preparación de Navidad y luego en la contemplación del Nacimiento y manifestación del Señor, mientras el papel de las lecturas consistió más bien en servir de comentario contemplativo a estos temas. Al reemprender ahora de nuevo el Tiempo ordinario, la Escritura en su mismo mensaje objetivo vuelve a ocupar el centro del desarrollo del año litúrgico y los diversos libros son ahora leídos *por sí mismos* y no ya en función de otra temática. O, dicho de otra forma: la Palabra se celebra en sí misma y constituye, sin ninguna otra mediación, la trama fundamental de las celebraciones de este tiempo, y es proclamada con su propio dinamismo y tal como en ella Dios fue revelando progresivamente su designio salvífico a través de los diversos libros inspirados.

2. Importancia del dinamismo propio de las lecturas en el Tiempo ordinario

Subrayar el dinamismo propio y diferente que tienen las lecturas en el Tiempo ordinario resulta importante por un doble motivo: en primer lugar en razón de la misma importancia objetiva de este modo de proclamación, el más respetuoso sin duda, con referencia al mensaje bíblico. Porque leer los libros bíblicos en un orden dinámico que sigue el mismo ritmo con que Dios se dirigió progresivamente a los hombres ayuda a revivir espiritualmente las etapas de la historia de la salvación y el progreso de la revelación divina, y significa fundamentar la vida espiritual en una meditación de la Palabra divina realizada en su grado máximo de objetividad y pureza. Dicho de otro modo: significa acercarse a la Palabra divina subrayando en ella más lo que Dios mismo ha querido decir y en la perspectiva y proporción en que lo ha dicho, que centrarse en otros aspectos, interesantes y enriquecedores, pero sin duda mucho más secundarios y periféricos, como pueden ser los sentimientos que esta Palabra sugiere en cada uno de los que se acercan a ella, o bien incluso la relación que se da entre la Palabra de Dios y las distintas facetas y partes del año litúrgico con las que la Iglesia ha organizado la contemplación del misterio de Cristo a través del tiempo.

Una segunda razón que aboga también por la conveniencia de subrayar la perspectiva propia que tienen las lecturas litúrgicas de la Escritura en el Tiempo ordinario es el hecho de que un año litúrgico estructurado a base de revivir el dinamismo de las diversas etapas de la Historia de la salvación y del progreso de la Revelación divina tal como aparecen en los libros inspirados, en relación con la liturgia de los últimos siglos, es una verdadera “novedad”, totalmente desconocida por unos fieles que sólo habían conocido un año litúrgico centrado en los “tiempos fuertes” y en las fiestas. Y toda novedad, si se quiere que penetre en el espíritu de unos fieles no acostumbrados a ella, necesita ser explicada y subrayada con fuerza.

3. El centro de gravedad del tiempo ordinario antes de la reforma litúrgica

Antes de la reforma litúrgica las largas semanas del Tiempo ordinario (llamadas entonces “Tiempo de después de la Epifanía” y “Tiempo de después de Pentecostés”) estaban muy lejos de tener un dinamismo común y unitario. Tanto los domingos como los días ordinarios presentaban una fisonomía totalmente aislada y nada vinculaba unos días con otros. Por lo que atañe a las ferias, que son el objeto de nuestra reflexión,

los días de este largo ciclo recibían su significado casi exclusivamente del santoral que de hecho ocupaba la totalidad de días.

Recordar este fenómeno es importante porque una liturgia vivida durante siglos de esta forma es difícil que no continúe influyendo notablemente en los usos y prácticas actuales aunque muchos ni lo adviertan. No se puede olvidar que la mayoría de los actuales responsables de las iglesias o son discípulos de quienes vivieron una liturgia de aquel tipo o ellos mismos la vivieron así durante largos años y precisamente en el tiempo de formación que es, sin duda, el que luego más influye en los hábitos posteriores. Hoy la celebración *objetivamente* ha cambiado muchas de sus estructuras. Pero ello no significa necesariamente que la mentalidad haya también cambiado.

Aludamos, aunque sea brevemente, a la manera como se desarrollaban las celebraciones de los días ordinarios antes de la reforma litúrgica. Pocos eran los días en los que no se celebran una “fiesta”, del santoral. (Las “memorias” entonces no existían; toda celebración del santoral era una “fiesta”, de mayor o menor grado, pero siempre una “fiesta”). En estas fiestas los textos litúrgicos —incluso las lecturas de la misa— se elegían siempre por su relación con el significado del santo celebrado (únicamente los salmos del oficio y las lecturas de Maitines eran “independientes” con relación al santo, y ésto aún solo después de la reforma de san Pío X).

Observemos que esta manera de concebir los días de entre semana, centrando todo el contenido de la celebración en el santoral, pervive aún en no pocos de los actuales responsables de la liturgia debido a que una tal manera de celebrar los días ordinarios fue vivida por ellos años y más años, durante el período de su formación. Un claro vestigio de esta pervivencia lo tenemos en el hecho de que sea tan habitual la práctica de recurrir a los elementos del respectivo común y no a los de feria cuando se trata de elegir las partes libres y periféricas de la celebración de las memorias (canto de entrada, himnos, preces, lecturas breves, etc.); muchos, en efecto, son los que continúan escogiendo estos elementos del respectivo común porque en el fondo continúan pensando que se trata de una fiesta del santoral, no de una celebración ferial en la que se recuerda —se hace “memoria”— de un santo.

Hoy la nueva normativa litúrgica es muy equilibrada: en las memorias, si se trata de formularios periféricos, se permite recurrir a los elementos festivos del común porque así resulta posible subrayar la celebración de alguna memoria especialmente significativa para alguna comunidad concreta, sin llegar a convertir esta memoria en el tema exclusivo de la liturgia; pero de esta posibilidad de subrayar las memorias más significativas de una comunidad al uso habitual de los elementos festivos en todas las memorias hay un abismo. De hecho, con todo, como la mentalidad no ha cambiado ni se ha asumido lo que significan las “memorias”, se continúa pensando en que el año litúrgico, sobre todo en el Tiempo

ordinario, se centra más en las celebraciones del santoral que en la celebración del misterio salvífico a través de las etapas de la Historia de la salvación contempladas en los elementos feriales, particularmente en las lecturas continuadas del Oficio y de la Misa.

4. El centro de gravedad en el Tiempo ordinario según los nuevos libros litúrgicos

En los nuevos libros litúrgicos el centro de interés del Tiempo ordinario no son ciertamente las celebraciones del santoral. La reforma litúrgica ha realizado lo que fue un voto en el Vaticano II: “Que el ciclo temporal tenga su debido realce por encima de las fiestas de los santos de modo que se celebre convenientemente *el ciclo entero del misterio salvífico*” (Sacrosanctum Concilium, 108). He aquí, pues, el verdadero centro de gravedad de todo el año litúrgico, no solamente de los tiempos llamados “fuertes”: la celebración de los misterios de la salvación en todas y cada una de sus facetas y de sus etapas.

Este ciclo de los misterios de la salvación será ciertamente comentado por las “memorias” de los santos, pues a través de su recuerdo se proclama también “el misterio pascual que fue realizado en ellos” (Sacrosanctum Concilium, 104)). Pero “recordar” a los santos, glosando con su recuerdo el misterio salvífico de su Señor, es muy distinto a dedicar gran parte del ciclo litúrgico —el “Tiempo ordinario”— a centrar la casi totalidad de la atención celebrativa en fiestas casi autónomas —o que por lo menos aparecían como tales a muchos fieles— en honor de los mismos.

Decir que el centro celebrativo del año litúrgico es la celebración del *ciclo entero* del misterio salvífico significa que este año de la Iglesia debe abarcar desde la creación del mundo hasta la parusía de Jesucristo, no ciertamente a manera de estudio —o por lo menos no principalmente como estudio— sino sobre todo como tema de plegaria y de contemplación. Debemos, pues, decir que de la misma manera que en la liturgia preconiliar celebrábamos unos “tiempos fuertes” consagrados a revivir algunas de las etapas más importantes de la Historia de la salvación (v. gr. la Cincuentena pascual que conmemoraba el “tránsito” del Señor al Padre, o el Adviento que celebraba la parusía), ahora la nueva presentación del año nos invita a celebrar igualmente los demás momentos salvíficos, como, por ejemplo, la creación del mundo, el nacimiento del pueblo elegido, la revelación sapiencial a los “filósofos” de Israel o la progresiva penetración del mensaje de Jesús por parte de los discípulos que van redactando los diversos libros del Nuevo Testamento.

Esta manera de presentar el año litúrgico no puede llamarse radicalmente nueva, pero sí, en cambio, innegablemente más rica. La contemplación pausada de la Historia de la salvación no se limita ahora, como en el anterior año litúrgico, a solos los misterios más importantes del Señor —su Nacimiento, por ejemplo, o su Pascua— sino que abarca, como he-

mos visto que deseaba el Vaticano II, *el ciclo entero* de todas las maravillas obradas por Dios en favor de su pueblo.

Pero ahora es necesario lograr que este enriquecimiento objetivo de las estructuras del año litúrgico penetre en la propia vida espiritual. Hace falta que las actitudes subjetivas o personales se adapten de verdad a lo que hoy es el año litúrgico de la Iglesia; es necesario que se dé un verdadero esfuerzo personal para vivir espiritualmente las riquezas que nos brinda la estructuración de este “nuevo” año litúrgico, centrado en la totalidad de la Historia de la salvación tal como nos la presentan los diversos escritos bíblicos. Este “nuevo” año litúrgico bien merece un esfuerzo para vivirlo plenamente pues, sin duda alguna, es más rico, más ambicioso y más apto para alimentar una plegaria profundamente cristiana que el antiguo ciclo al que nos habíamos habituado.

5. Situar cada una de las celebraciones en su propia etapa de la historia salvífica

Para vivir, a través del año litúrgico, *la totalidad del misterio salvífico*, como pide la Constitución de liturgia, lo primero que se precisa es “situarse” debidamente en cada una de las etapas de la historia de la salvación. De la misma manera que fácilmente sabríamos decir, por ejemplo, que lo que celebramos en la Cincuentena pascual es el tránsito del Señor al Padre, así deberíamos saber en las otras partes del año qué etapa estamos celebrando y cuál es el sentido espiritual de la misma con respecto a nuestra vida cristiana.

Respecto a esta “situación” es necesario, con todo, hacer una observación: las celebraciones litúrgicas no son clases de historia, ni tratados abstractos de teología. El año litúrgico tiene un desarrollo un tanto libre; se asemeja más a la contemplación de variados paisajes que al estudio lógicamente riguroso de un tema o de un momento histórico (por ello precisamente hay que poner en tela de juicio aquellas presentaciones que pretenden proponer “el tema” de un domingo determinado). Además el Tiempo ordinario, a diferencia de los “tiempos fuertes”, propone unas partes de la Historia del mensaje cada año y otras partes cada dos años y —con referencia a los que rezan el Oficio de lectura— una parte en su contenido íntegro, otra sólo en sus rasgos fundamentales.

A todo ello hay que añadir aún, sobre todo para los que participan tanto en la Eucaristía ferial como en el Oficio de lectura que el año litúrgico les coloca no ante un solo panorama sino ante dos o más (el de la lectura ferial de la misa, el de las lecturas dominicales, el de las del Oficio, el de los evangelios). En esto la liturgia se parece a la contemplación de varios cuadros por parte de un aficionado a la pintura; no se trata, pues, de un tema único sino de “situar” cada tema en su ambientación propia para que pueda ser contemplado y vivido, dando si se quiere, una mayor in-

tensidad reflexiva unas veces a un conjunto, otras a otros (con lo que la oración y la predicación recibe, por otra parte, grandes posibilidades de variedad).

6. Las primeras semanas del Tiempo ordinario del ciclo par

Sugiramos —el espacio no permite más— la “situación litúrgica” de las primeras semanas del Tiempo ordinario de este año. De acuerdo con el carácter de “comienzo” del ciclo, en estas ferias tenemos un conjunto de “comienzos”: en el Oficio de lectura se nos propone precisamente el “comienzo” del misterio salvífico: los inicios del mundo y las historias de los primitivos patriarcas. Terminado este ciclo, se nos invita a revivir otro “inicio”: el de los primeros escritos de la comunidad cristiana, las primeras cartas apostólicas de Pablo (1 y 2 Tes, 2 Cor).

En la misa ferial nos encontramos en primer lugar con el más antiguo de los evangelios —con esta consignación escrita por Marcos de la predicación petrina se “iniciaron” los evangelios—; en las primeras lecturas de la Misa se presenta primero la etapa de la historia de la salvación que va desde el principio de la monarquía hasta el cisma de las tribus del Norte y, terminado este período, unos escritos de fuerte contraste con respecto a los anteriores (éstos, ciertamente por razón de este contraste, necesitan con mayor urgencia ser “situados” para poderlos vivir): algunos de los *últimos* escritos del Nuevo Testamento (Santiago y 1 y 2 Pedro).

7. Algunas sugerencias para “situarse” espiritualmente en estas semanas

Empecemos por distinguir entre aquellos que celebran el Oficio de lectura y los que se limitan a la lectura continuada de la Misa. A los primeros les aconsejaríamos centrar su atención en la lectura del Génesis; y ello por varias razones:

1) porque seguramente será el libro que les resultará espiritualmente más nuevo,

2) porque su lectura en el Oficio es mucho más completa que la que el próximo año les ofrecerá el Leccionario de la misa en las semanas V-VI y XII-XIV (de los más de 1500 vv. del Génesis el Leccionario de la misa sólo contiene 386, mientras que en el Oficio se lee el libro moralmente íntegro);

3) porque la misma ambientación de Génesis es distinta en el Oficio y en la Misa: en el Oficio, en efecto, se lee el conjunto del libro como una narración seguida que sirve de introducción a los episodios de la pas-cua judía descritos en los restantes libros del Pentateuco tal como se leerá en la próxima cuaresma. En la misa, en cambio, el Génesis se presenta con un “espíritu” distinto: primero se lee en las semanas V-VI la historia de los orígenes y, a partir de la semana XII a la XX, el resto del libro for-

mando un todo con los restantes libros históricos, hasta la época de los jueces; con estos simples datos puede ya verse la importancia de una lectura pausada de este libro tal como lo presenta el Leccionario bienal del Oficio (notemos una vez más que las comunidades contemplativas y los ministros ordenados que en el Oficio usan el Leccionario anual prescinden definitivamente del mensaje pleno de este libro que nunca leerán en su totalidad). Como ayuda para profundizar el mensaje del Génesis recomendaríamos servirse de alguno de los siguientes comentarios: R. MICHAUD: *Los patriarcas*, Verbo Divino, Estella 1983 (sobre todo pp. 111-226); *Biblia de Jerusalén*, introducción al Pentateuco (sobre todo el apartado "sentido religioso"); *Comentario bíblico "san Jerónimo"*, Madrid 1971, (tomo I), (sobre todo "Significado del Pentateuco" (pp. 55-57) "La historia de Gn y su significado", y "La enseñanza de Gn" (pp. 60-64); J. BRIEND: *El Pentateuco*, Verbo Divino, Estella 1977; PROFESORES DE SALAMANCA: *Biblia comentada, I Pentateuco*, BAC, Madrid 1962, (sobre todo "Contenido teológico del Pentateuco" (pp. 29-30) y "Doctrina religiosa y moral del Génesis" (38-39).

Como comentario-introducción a cada una de las perícopes litúrgicas pueden usarse *Dossiers de Oración de las Horas* (IV) y *La Biblia día a día*, sobre todo el primero de estos dos comentarios.

A quienes sólo usan la lectura continuada de la misa les recomendamos ver lo que decimos en Oración de las Horas (junio 1983) sobre el *Significado de la historia santa desde la conquista de Canaán hasta el destierro de Babilonia* (pp. 167-169) y las páginas dedicadas en este mismo número a la figura de Josué.